

Capítulo II.

El número de los discípulos de San Pacomio se aumentó pronto hasta ciento y creció después tan considerablemente que, siendo su monasterio demasiado estrecho, se vió obligado á fundar otros. Edificó el primero en un lugar desierto llamado Prou ó Pabau, al cual se da también el nombre de Bau ó Baum. Este monasterio, aunque el segundo, fué muy pronto el mayor y como el principal de la orden, aun cuando el nombre general de la Congregación se tomó del de Tabennes y se hubiese llamado siempre Tabenosiastas ó de Tabennes á los religiosos sometidos á la regla de San Pacomio.

Algun tiempo después de la fundación de Pabau, un venerable anciano, llamado Epónimo, abad de un monasterio llamado de Chenobosco, que era habitado por religiosos muy antiguos y muy respetables por sus virtudes, movido por las que se practicaban en Tabennes bajo la dirección de nuestro Santo, fué á suplicarle que uniese su abadía á su orden, lo cual agradeció él según las inclinaciones de su zelo y de su caridad; y se fué allá con algunos de sus religiosos para poner en él su regla en vigor.

Otros solitarios que formaban también una comunidad en Monchose ó Muchons, siguieron el ejemplo de los de Chenobosco, y le dieron una cuarta casa.

En seguida fundó otras cinco, á saber: la de Tasé, de la cual la historia nada nos dice de particular; la de Teven ó Tebué, de la cual Psenebo, padre de Petronio, que sucedió al Santo después de su muerte en el gobierno de la orden, dió el terreno, entrando él y toda su familia en la congregación; la de Panes, que edificó á instancias del

obispo de aquella ciudad, llamado Aréo ó Varo; la de Tismen ó Men, en la misma diócesis; y la de Pichnum ó Pachnum, llamada también Chnum, á orillas del Nilo hacia Latópolis¹.

Estos fueron los monasterios que en vida suya fundó San Pacomio, á más del de las religiosas del cual haremos un artículo aparte.

Nada puede añadirse á la sabiduría, zelo, caridad y aplicación con que aquel gran superior gobernaba aquella multitud de religiosos. Parecía que en toda su conducta le guiaba el espíritu de Dios así como le había inspirado el designio de todo aquello. No hay virtud de la cual no diese ejemplo á sus religiosos ni momento en el que no obrase por su utilidad, ni ocasión de instruirles que dejase escapar, ni finalmente pena ó fatiga que no arrostrase de buena gana para procurarles las necesidades espirituales y la manutención temporal, según el espíritu de la pobreza y de la observancias religiosas.

Pero para mejor detallar la economía de su gobierno, haremos observar ante todas cosas, como ya ha podido notarse, que San Pacomio, no se metió por sí mismo en la superioridad, sino que en ella entró por orden expresa de Dios, y por consiguiente por la fuerza legítima de la vocación de lo alto; y que no obstante esta orden del cielo, no previno para la ejecución el tiempo que Dios había fijado; lo cual muestra en él un desapego y una pureza de intención muy perfecta. Así que una vocación tan marcada y una docilidad tan fiel á los designios de Dios, fué seguida de una bendición muy abundante de gracias. Pacomio recibió por consiguiente todas las cualidades necesarias para

¹ Todas estas fundaciones tuvieron lugar en el Alto-Egipto; pero, sin estar muy apartados los unos de los otros, los monasterios de San Pacomio no se hallaban en la misma prefectura ó gobierno. Latópolis, hoy día Esnéh, era la capital de una prefectura.

gobernar. No le faltaron luces ni dones eminentes ; y los frutos de vida que produjo en las almas fueron los efectos y las pruebas de ellos al mismo tiempo.

La dulzura y la condescendencia fueron el fondo principal de su caracter. Casi podria decirse que se excedió en estas virtudes. Las actas de su vida nos proporcionan de esto brillantes ejemplos. Como se le presentasen en poco tiempo gran número de personas para vivir bajo su disciplina, su bondad, que no sabía negarse á nadie, fué causa de que se introdujeran entre los que recibió algunos sugetos difíciles de tratar y que no se acomodaron en lo sucesivo á las máximas de perfeccion que procuraba inspirarles.

Sus amonestaciones y exhortaciones nada podían lograr de ellos. No daban señal alguna de enmienda, ni siquiera de buena voluntad. Pacomio afligido por su resistencia, con aquella ardiente caridad que le hacia desear su salvacion con zelo y sinceridad, recurrió á la oracion, la cual en todas las dificultades era su recurso ordinario y, prosternado en tierra, dirigió un día á Dios esta hermosa oracion que un historiador nos ha conservado ; « Vos nos habeis ordenado, Señor, amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos ; os suplico, pues, que tengais piedad de esos pobres ciegos y que les mireis con el ojo favorable de vuestra misericordia á fin de que, entrando dentro de sí mismos con un verdadero arrepentimiento, teman ofendidos en adelante ; que comprendan mejor las obligaciones del estado que han abrazado, y pongan en vos, como los otros hermanos, toda su dicha y esperanza ».

La mala disposicion de aquellos espíritus indóciles fué sin duda lo que impidió el efecto de su oracion. Él no se desanimó por esto, porque la caridad no se cansa ; sino que les dió una regla diferente de la de los otros, y tan fácil de observar que solo una pertinacia y una mala voluntad muy marcadas podian rehusar el someterse á ella.

En efecto, aquellos obstinados que querían vivir enteramente á sus anchas y sin dependencia alguna, se negaron á seguirla y dejaron la Orden con tanta presteza como si hubiesen sido presa de algun terror pánico.

Si San Pacomio tuvo motivo de gemir por su desercion, lo tuvo tambien de consolarse por los maravillosos progresos de los otros discípulos. Su monasterio vino á ser desde entonces como un campo del cual se ha arrancado la zizaña y en el que crece grandemente el buen grano. Pero pudo notarse cuál fué la paciencia inalterable en soportar aquellos malos espíritus, hasta tanto que Dios se dignó librarle de ellos.

Tuvo tambien que ejercitar actos de paciencia para con algunos religiosos antiguos de su monasterio de Pabau, los cuales, aun cuando exentos de faltas graves, eran tan inclinados á la murmuracion que continuamente caian en este vicio. Él les había reprendido con frecuencia sin obtener nada de ellos ; pero no creyendo deber por esto cansarse de trabajar en su enmienda, emprendió durante cuarenta dias ayunos muy rigurosos y largas vigiliass que pasaba en oracion, y dejándose Dios, doblegar por sus oraciones, tuvo el consuelo de ver arrepentirse á aquellos viejos y terminar su vida en una verdadera piedad.

Su condescendencia para con un religioso de cierto monasterio vecino, pero que no era de su órden, y cuyo abad iba frecuentemente á recibir sus consejos, no tuvo un efecto menos maravilloso. Aquel espíritu ambicioso y de un temperamento hirviente, deseaba apasionadamente ser ecónomo (La version de Denis el Pequeño dice que queria ser elevado á la clericatura ; pero nosotros seguimos aqui el texto de Bolando mucho más seguro). Deseaba pues ser ecónomo y solicitaba sin cesar de su abad que le diese este empleo, del cual él le reconocía incapaz.

El abad, cansado un día de sus importunidades, y pen-

sando que quizás respetaría la autoridad de San Pacomio, le dijo contra la verdad, que este Santo le había aconsejado que no le diese dicho cargo porque no era apto para él. Aquel fogoso, en lugar de rendirse tomó la cosa trágicamente y fuese derecho al monasterio de San Pacomio á descargar contra él toda su bilis con gran número de injurias que le dirigió.

El Santo, que ignoraba la causa de todo esto, y que entonces estaba trabajando con sus religiosos en levantar una muralla, no le respondió palabra; pero viendo que su silencio le irritaba todavía más, le dijo con mucha humildad: «Yo he pecado, hermano mio; perdonadme, os suplico como vos deseais que Dios os perdone vuestros pecados.»

La dulzura de esta respuesta le apaciguó y el Santo, habiendo dejado su trabajo, se acercó al abad que había seguido á este religioso con un corazón vivamente afligido, y le preguntó la causa de su cólera. Este superior, tan penetrado de dolor por todo lo que acababa de decir su irritado religioso cuando lo estaba por su mala conducta, enteró al Santo de todo y le rogó que le dijese lo que tenía que hacer.

Entonces Pacomio usando del don de consejo con que Dios le había favorecido, le dijo: «Vos quereis saber de mí lo que Dios quiere que hagais: conceded á este hermano lo que desea, á fin de librar su alma del poder del demonio; porque sucede con frecuencia que haciendo bien á los malos con compasion se ablandan y se hacen más razonables. Por esto la caridad que Jesucristo nos ha enseñado con sus palabras y ejemplos, nos enseña á sufrirnos los unos á los otros con misericordiosa condescendencia.»

¡ Cosa admirable ! Este consejo tuvo todo el ejemplo que había predicho. El religioso, viendo que se le concedía con tanta indulgencia el empleo que tan apasionadamente había deseado, se avergonzó de su ambicion y de sus arre-

batos y, movido á arrepentimiento, no solo no quiso aceptar el cargo sino que fué á arrojarse á los pies de San Pacomio, le confesó que era culpable y le dijo dando muestras de un vivo pesar de su falta: « ¡ Oh hombre de Dios ! Verdaderamente sobrepujais vuestra reputacion; porque si en lugar de usar de dulzura para conmigo, me hubiéseis tratado de dureza, estaba dispuesto á renunciar á mi profesion y á abandonar el servicio de Dios. Seais pues bendito, Santo padre mio, que con vuestra caridad habeis salvado mi alma. » El Santo viejo le levantó, le exhortó mucho á conducirse en lo sucesivo de una manera más conforme al espíritu de su estado, abrazóle con ternura y le acompañó hasta la puerta del monasterio, en donde le despidió en paz.

Entenderase tambien por los consejos que dió á Teodoro de Alejandria, confiándole el gobierno de algunos religiosos, cuánta era su dulzura y su prudencia. « No es, le dijo él, un negoció de poca trascendencia el gobernar bien una comunidad. Si os apercibís que alguno de vuestros religiosos cae en la relajacion, tomadle en particular y exhortadle con paciencia á emprender de nuevo su fervor primitivo. Si no recibe bien la correccion, dejadle por alguntiempo, esperando á que Dios le toque el corazón; porque asi cuando uno tiene una espina clavada en el pié, que no se puede sacar sin derramar mucha sangre y sufrir vivos dolores, no se la arranca con fuerza, sino que se sirve uno más bien de algun emplasto emoliente ó de algun otro remedio suave que saque afuera la espina, de la misma manera el superior, cuando tiene que gobernar algun sujeto de caracter difícil le llevará más pronto á su deber con dulzura y paciencia que otro que quisiera hacerle pasar por todo el rigor de la regla.

« Y si sucede, añadió, que la falta sea de trascendencia, me avisareis de ello, y procuraré aplicar remedio segun

que Dios por su misericordia me inspirara hacerlo. Tened cuidado de los enfermos como de vos mismo, y dividid con ellos las penas y las cruces por medio de vuestra caridad, como debe hacerlo un buen padre; porque, en efecto, debéis serlo en el lugar que ocupáis.

« Sed el primero en observar las reglas prescritas á los hermanos, á fin de que ellos con vuestro ejemplo sean fieles á las mismas. Y si sobreviene algun caso en el cual no podáis determinaros sobre lo que acabo de deciros, tendréis cuidado de advertírmelo, y juntos decidiremos lo que se hubiere de hacer. »

Como la dulzura de Pacomio no era ni flojedad ni consideracion humana, sino un puro efecto de aquella caridad compasiva que es tan conforme al espíritu de Jesucristo, así tambien este gran maestro de los superiores sabia tener firmeza cuando juzgaba que la gloria de Dios, el buen orden del monasterio y la necesidad particular de los culpables exigian que usase de severidad.

Estando en conferencia con algunos de sus religiosos (Boll. v. Pach. paral., c. 4, n. 34.), un hermano que en aquel día habia hecho dos esteras, aun cuando la regla no le obligase sino á una, llevado por un espíritu de vanidad, puso aquellas dos esteras delante de la puerta de su celda á fin de que el Santo pudiese verlas y alabar su diligencia.

Pero se engaño en su esperanza. El santo abad, penetrando al instante su intencion y arrojando un profundo suspiro dijo á los religiosos que se hallaban presentes: « Mirad, os ruego, á este hermano que ha trabajado desde muy de mañana hasta esta hora para dar todo su trabajo al demonio sin reservarse nada de él para su alma, buscando ser aplaudido de los hombres más que de Dios, por el cual solamente debia trabajar. ¡ Qué ilusion gastar así su cuerpo con un gran trabajo y dejar su alma vacía de mérito despues de haber sufrido tanto ! »

Llamó en seguida á este hermano, dióle una muy severa reprension y le ordenó que cuando todos los religiosos estuviesen juntos para la oracion, fuese allá llevando las dos esteras que habia hecho y les dijese: « Os suplico, hermanos míos, y os pido que rogueis á Dios por mi alma, á fin de que tenga compasion de ella y le perdone sus pecados, ya que he sido tan desdichado que he hecho más caso de estas dos esteras que del reino de los cielos. »

Quiso tambien que, cuando estuviesen en el refectorio, se pusiese de pié en medio de sus dos esteras hasta el fin de la comida, y finalmente le encerró durante cinco meses en su celda, en donde, sin que le fuese permitido hablar con los otros religiosos, no comía sino pan y sal, no bebia sino agua y estaba obligado á hacer dos esteras por dia.

Yendo tambien á hacer la visita de uno de sus monasterios vió, á medida que se acercaba á él que los religiosos conducian á la sepultura á uno de sus cofrades, cantando segun el uso de la Iglesia. Desde que le vieron venir, se detuvieron todos para que hiciese su oracion sobre el muerto. Hizola el Santo y cuando la hubo acabado, mandó cesar el canto, hizo quemar delante de todos los hábitos del muerto, prohibió ofrecer por él el sacrificio y mandó que fuesen á enterrarle en la montaña sin ceremonia alguna.

Era este un religioso á quien frecuentemente habia advertido que se corrigiese, pero que jamás habia querido aprovecharse de sus avisos; y por la conducta que el Santo observó en esta ocasion puede juzgarse que Dios le habia dado á conocer el deplorable estado en que se encontraba su alma. Sin embargo, dice el historiador de la vida del Santo, aun cuando hubiese sufrido á este religioso incorregible hasta la muerte, no quiso dejar escapar esta ocasion de infundir un justo miedo á sus discípulos á fin de preservarles de la tibieza tan funesta á las personas religiosas.